

BENEDICTUS SIT.

Embebida en regiones poéticas y dominada por la música, por la cual tenía especial predilección, se hallaba Olimpia Van den Eude cantando, sentada al órgano, cuando entró á interrumpirla su padre, acompañado de Baruch.

—Sigues absorta en las celestes regiones de la música y del canto,—le dijo,—é ignoras lo que pasa aquí abajo, en este mundo tan poco armónico. Te presento al Sr. Espinosa, de quien te he hablado varias veces. Mi jóven discípulo, esta señorita es mi hija, el primer ayudante que tengo en mi santa misión de profesor; es necesario que os esfuerceis por serle simpático.

—Me ha hablado frecuentemente de usted mi padre,—dijo Olimpia,—y me alegro de ver cumplido mi deseo. Pero contra todo lo que he oído de usted, me he figurado que era de distinto modo que parece. Dígame usted, ya que es filósofo, ¿no será esta una prueba de que son inexactas nuestras ideas de las cosas y personas que existen más allá de nuestra esfera inmediata?

¿Quién era esta mujer que en las primeras frases proponía á Baruch la solución de un problema y le saludaba ántes que nadie con el nombre de filósofo? No supo Baruch qué contestar, y bajó la vista al suelo, lleno de turbación.

—Es mi hija un semi-filósofo, con quien podreis discutir,—dijo el médico.

—Me ha enviado hoy Oldenbourg una preciosa romanza,—dijo Olimpia á su padre.